

Los restos errantes de Hernán Cortés

Por Angel DOTOR

ES bien sabido que el llamado «César de la Hispanidad» y «Conquistador genial e invencible», Hernán Cortés, cuyas gestas en el Nuevo Continente emparejan su figura a las de los más grandes caudillos de la Historia —tales Alejandro, Aníbal, Julio César y Napoleón—, «en cosa alguna tuvo ventura después de ganar la Nueva España», según escribió el célebre cronista y hombre de armas suyo Bernal Díaz del Castillo. No cabe duda que aquel ínclito cruzado de la Conquista, aunque «se distinguió por tales cosas que se pueden contar por milagrosas» —las cuales cabe sintetizarlas así, en pocas palabras: crear la nacionalidad mexicana, gran país con pródigo destino en lo porvenir—, vió ya en vida subvalorada su obra. Pero a buen seguro que no podría imaginar que, transcurridos más de cuatro siglos de su muerte, persistiría precisamente allí, en la tierra por él redimida de la barbarie, una corriente mayoritaria negadora de sus méritos, como asimismo que sus restos andarían errantes a lo largo de tanto tiempo, pues han sido numerosos sus enterramientos.

No han faltado voces y plumas ilustres genuinamente mexicanas que proclamaran la necesidad imperiosa de reivindicar a Cortés y cuanto representó su genio creador. Hace ya varias décadas que el ilustre profesor José Vasconcelos, llamado «el maestro de América», quien tan alto relieve alcanzó en las letras y la política de aquel país, esforzóse por defender tan noble causa. Así, escribió: «Sea cual fuere la raza a que pertenezca, todo el que se sienta mexicano debe a Cor-

tés el mapa de su patria y la primera idea de conjunto de la nacionalidad. Quienquiera que haya de construir alguna vez en grande en estos territorios que hoy imaginamos que son nuestros, tendrá que volver los ojos al plan de Cortés, porque en cuatro siglos no ha habido otro que mirara tan lejos, ni construyera tan en grande. Por lo mismo: resulta cómico observar por todo el país monumentos marciales en honor de generales y caudillos que jamás conocieron la victoria contra el exterior, y en cambio el primer Capitán de América no tiene un solo monumento que lo recuerde. Sus mismos restos, que, por voluntad suya, fueron traídos al país, han tenido que ser ocultados en no pocas ocasiones, según bien expresa Alamán, «para salvar al país de la deshonra de que sean profanados», ¿por los agentes del imperialismo anglosajón disfrazados inconscientemente de patriotas indianistas? ¡Como si los indios con Moctezuma y aun con Cuauhtémoc y los demás reyes a la cabeza no hubiesen sido los primeros en reconocer a Cortés las virtudes del hombre grande, la magnanimidad del guerrero victorioso en una causa indiscutiblemente egregia!

Posteriormente, aunque vinieron persistiendo empecinados mantenedores de la torpe y errónea corriente de otrora, no han faltado algunos hombres de pro que, contrariamente, reconocen y pregonan, con convencimiento y rotundidad, como Vasconcelos, la grandeza del conquistador intuitivo y genial y el significado de su inigualado tributo. He aquí cómo se expresaba, no hace mucho, el gran periodista mexicano René Capistrán Garza: «Si no estuviera la conquista bajo la viva claridad de la historia, parecería una imponente leyenda de los tiempos fabulosos, con estremecimientos de heroico poema cantado por Homero. Los mexicanos, en inmensa mayoría, no tenemos idea de la grandeza y magnitud de nuestra historia, de la talla extraordinaria de nuestros héroes, del valor de un Cortés y de un Cuauhtémoc, de la epopeya viva, maravillosa, genial, que los dos núcleos en choque escribieron en estas tierras sobrecogidas de pasmo. Tal vez parezcan exageraciones absurdas palabras tan categóricas, pero es porque tenemos lo propio en el más culpable y necio de los olvidos, y no bebemos nunca en las aguas claras, frescas, reconfortables de nuestra vieja historia. Cortés fue un centauro. Rápido en la acción, sagaz en la idea, penetrante en el plan, sutil en la percepción, sensible a las más escondidas circunstancias, supo entretejer con habilidad notable la obra del político con la acción del guerrero. Advirtiendo al primer golpe de vista todas las coyunturas favorables o adversas, con una visión penetrante de los hom-

bres y de los hechos, lo subordinaba todo a su plan exacto y a su objetivo certero. En el terreno mismo de la lucha, con un reducido puñado de hombres resueltos, supo tornar las cosas en favor suyo casi intuyendo las posibilidades, revelándose como uno de los grandes capitanes de todos los siglos y como uno de los grandes políticos de todos los tiempos. Magnánimo a veces, en ocasiones cruel, siempre valeroso y audaz, sin desmayar nunca ni descuidarse un punto, alerta, vibrante, activo, infatigable, Hernán Cortés es un recio tipo humano, un personaje de granito, un fundador de pueblos, un ejemplar completo de hombre superior».

La motivación principal del segundo viaje de retorno efectuado por Cortés en 1540 (a quien dos lustros antes le había sido concedido el título de Marqués del Valle de Oaxaca) fue gestionar personalmente la resolución de varios asuntos que le afectaban, pendientes en el Consejo de Indias, lo cual no llegaría a conseguir, pese a las promesas que se le hacían, y así transcurrieron siete años sin poder regresar a México, donde tenía su familia y sus principales intereses. No fue tan feliz como cabía esperar aquel postrer período de su vida pasado en la tierra que le acunara, ya que sólo recibió nuevos designios. A este respecto cabe recordar que tomó parte activa en la expedición punitiva del Rey-Emperador contra Argel, durante la cual no fue objeto de la consideración debida ni se tuvieron en cuenta sus consejos, de seguir los cuales se habría aminorado aquel desastre. Y cuando quiso ponerse en contacto con el César, éste le mostró franco desvío, pretextando desconocerle, por lo cual vióse obligado a decirle era quien le había dado más posesiones que las heredadas de sus padres y abuelos.

Del trienio 1544-1547 existen pocos datos sobre la vida de Cortés, pues sólo ha quedado constancia de los referentes a la llamada Academia Cortesiana, especie de simposio establecido primeramente en Madrid y en Sevilla después, donde se congregaban asiduamente,



presididos por el Conquistador, varios varones doctos y eminentes, de «blancas manos y buen latín», para tratar cuestiones de historia, literatura y filosofía; reuniones a imitación de las italianas, que tan en boga estuvieron a partir del Renacimiento. Consta que en el mes de Octubre de 1547 hallábase Cortés en Sevilla donde el día 12 otorgó su testamento, que el sabio polígrafo Alejandro de Humboldt conceptuó como «gran documento histórico digno de ser salvado del olvido», tal vez con el fin de esperar a su hija mayor, que venía de México para contraer matrimonio con el hijo primogénito del Marqués de Astorga, y acaso también por proponerse regresar a aquel país, pues presentía su próximo fin, refiriéndose al cual, según Gómara, había expresado su deseo de morir en aquella tierra. Padecía a la sazón una afección disentérica, a propósito de la cual dijo un cronista que «se le fijó en el estómago un dolor, precedido de humor hipocondríaco» y siéndole por ello conveniente rodearse de mayor tranquilidad y reposo, los cuales no podía lograr en la capital hispanense por las muchas personas que acudían a visitarle, aceptó la invitación de su buen amigo el jurado Juan Rodríguez de Medina, yendo a la casa que éste poseía en Castilleja de la Cuesta, pueblo cercano a aquella ciudad. Allí agravóse, falleciendo el 2 de Diciembre, a los sesenta y dos años de edad.

Los restos mortales de Cortés fueron sepultados en la capilla de la casa ducal de Medina Sidonia situada en el monasterio jerónimo de San Isidro del Campo, de Sevilla. Era aquélla una tumba provisional pues el Conquistador dejó dispuesto que reposaran definitivamente en la nueva España; pero lo que debió constituir simplemente su traslado a aquel país convirtiéndose en prolongada serie de exhumaciones, por virtud de la cual puede decirse que sus cenizas anduvieron errantes, sin tener sosegado descanso. El 9 de Junio de 1550 cedieron el sitio a las de Alonso Pérez de Guzmán, Duque de Medina Sidonia, siendo llevadas al pie del altar de Santa Catalina, de dicho monasterio. En 1562, pasado ya el plazo de diez años señalado en el testamento, dispuso Martín Cortés cumplir la disposición paterna del traslado, y a tal efecto comisionó a Diego Ferrer y a Pedro de Tapia para hacerse cargo de los restos de Cortés, que le entregarían los frailes de San Isidro; pero por causas desconocidas no pudo ser ejecutado el encargo hasta cuatro años después, en 1556. Como aún no se había erigido el monasterio de Coyoacán dispuesto por el Conquistador, quedaron depositados en la iglesia de San Francisco, de Texcoco, donde en 1530 habían recibido sepultura su madre, doña Catalina Pizarro, y su primer hijo legítimo.

A la muerte del cuarto marqués del Valle, Pedro Cortés Ramírez de Arellano, acaecida de México el 30 de Enero de 1629, sin dejar descendencia, por lo cual se extinguió con él la línea directa sucesoria, decidieron el virrey, marqués de Cerralbo, y el arzobispo, Manso de Zúñiga, aprovechar la ocasión para simultanear los grandes funerales por el alma del biznieto del Conquistador y el traslado de los restos de éste al convento de San Francisco, de México, lugar al que habían sido llevadas las cenizas de su primera esposa, doña Catalina Juárez, y donde había de ser enterrado el último de sus herederos varones. Los cronistas se extienden en describir la fastuosa comitiva que llevó los restos de Cortés desde Texcoco a la capital, dejándolos expuestos durante nueve días en el gran salón del palacio marquesal. Después, el 24 de Febrero, se efectuó el entierro, al que asistió no sólo lo más lucido de autoridades y alta sociedad mexicana, sino inmensa muchedumbre. Todas las órdenes religiosas y cofradías, con estandartes, y el féretro descubierto del último marqués, llevado a hombros por caballeros santiaguistas tras lo cual marchaba una urna cerrada conteniendo los huesos de Cortés, conducida por cuatro oidores, rodeados de sendos guiones con las armas reales de España y las que el monarca concedió al marqués del Valle, así como caballeros descendientes de conquistadores, que vestían rutilantes arneses, marchando a continuación clerecía, regidores, profesores de la Universidad, miembros de la Audiencia, capitanes armados y cuatro compañías de soldados con arcabuces o lanzas llevando banderas abatidas y enlutados tambores. En el trayecto se habían levantado cuatro pasos revestidos de negros crespones e iluminados con numerosos cirios, donde se rezaron los rezos, mientras las campanas de todos los templos de la ciudad lanzaban al viento su lúgubre tañido funeral. A la llegada a la iglesia del convento fueron colocados los féretros sobre un túmulo alumbrado por trescientas velas en argénteos y candelabros, y seguidamente fue oficiada la misa de *corpore insepulto*, a la que asistieron, a más del arzobispo, deán, canónigos y guardián y provincial de los franciscanos, trescientos frailes de la orden seráfica llegados de distintos cenobios del país. Hecho el reconocimiento del cadáver de Pedro y de los restos de su glorioso antepasado, se efectuó la inhumación, quedando los del último en una hornacina abierta en la pared, detrás del Sagrario, resguardada por doble puerta de férrea reja y madera dorada, con cristal, encima de la cual se grabó esta inscripción: «Ferdinandi Cortés ossa servatur hic famosa».

Más de siglo y medio después, en 1790, al visitar el virrey, conde

de Revillagigedo, el convento de San Francisco, reparó en lo modesto que era el enterramiento de Cortés, cuyos restos guardaba aquel cenobio con veneración, ya que ello, al decir del guardián, «redundaba en memoria del mayor hombre del mundo, por quien pisamos esta tierra, y porque a casa tan ilustre no le falte el decoro que se debe a sus antepasados», y al momento concibió la idea de construir «un magnífico sepulcro, cual corresponde al ilustre y esclarecido Hernán Cortés, cuyo nombre sólo excusa todo elogio», en la iglesia



del Hospital de Jesús, fundación debida al Conquistador. A tal efecto, se puso de acuerdo con Joaquín Ramírez de Arellano, marqués de Sierra Nevada, justicia mayor y administrador general de las rentas del estado y marquesado del Valle, y provisto de la autorización del arzobispo, Alonso Núñez de Haro, y del duque de Terranova y Montealegre y de su hermano Diego María Pignatelli, descendiente de Cortés, fue emprendida la obra, confiándose su ejecución al arquitecto Del Mazo y al famoso escultor Tolsá. Terminada cuatro años después, cuando el conde de Revillagigedo ya había dejado

el virreinato, verificóse el traslado el día 2 de Noviembre de 1794. El escribano del Real Colegio, Manuel José Núñez de Morillón, certificó, tras minucioso reconocimiento, que mientras los restos de Pedro se habían convertido en polvo, los de Cortés encontrábase casi intactos, envueltos los huesos en una fina tela de Cambray bordada en seda negra y con encaje, y la calavera en una sabanilla blanca del mismo tejido, también bordada de blanco encaje. Por la noche y con toda sencillez llevóse la urna al panteón, que constaba de zócalo, sarcófago y estela, labrados en mármol y tecalli, busto y escudo de bronce dorado a fuego, con larga inscripción.

Tampoco fue aquella la morada definitiva de los restos del gran adalid de la conquista de México, como consecuencia de la hostilidad hacia todo lo español despertada en el país tras la lucha que condujo a su independencia, pues hasta se llegó a proponer al Con-

greso de 1822 la demolición del mausoleo, apareciendo poco después numerosos libelos en los que el torpe y obcecado fanatismo sectario llegaba a incitar al saqueo de la tumba de Cortés y la quema de sus restos. Temiéndose fundamentalmente que tan desatentado propósito pudiera llevarse a efecto, el 16 de Septiembre de 1823, día señalado para conmemorar a los patriotas caídos en la lucha, ordenó el arzobispo que el capellán del Hospital de Jesús sacara los restos de Cortés y los ocultase en lugar seguro, lo cual fue efectuado hallándose presentes el conde de Luchesi, administrador de los intereses del duque de Terranova, decimocuarto marqués del Valle, y el ministro Lucas Alamán. Algún tiempo después fue desmontado el mausoleo, escondiendo sus piezas bajo la escalinata del edificio, a excepción del busto y el escudo de armas, que fueron remitidos al domicilio del duque, en la capital de Sicilia. El secreto guardado por las conatadas personas conocedoras del paradero de los restos, unido a la subsiguiente desaparición del monumento, dieron pábulo a la idea de haberse realizado la temida profanación. Luego, cuando se supo el envío de los bronce de la tumba hecho a Italia, creyóse que con ellos habrían ido los restos, error en que incurrió el historiador José María Luis Mora, consignándolo así en uno de sus escritos, pero al fin se esclareció que aquéllos no llegaron a salir de México.

En 1929 publicó la prensa de la capital mexicana unas declaraciones del príncipe Pignatelli, heredero del marquesado del Valle, afirmando que las cenizas de Cortés se hallaban en la iglesia contigua al hospital. Y en Noviembre de 1946 apareció en periódicos americanos y españoles la noticia de que Alfonso Alamán, biznieto del famoso patricio e historiador mexicano, corroboró lo anterior, proporcionando la llave de la cineraria cajita, secreta y tradicionalmente conservada por su familia durante ciento veintitrés años, lo que en unión de los antecedentes que existían en la Embajada de España permitió llevar a cabo la identificación de los restos. Como el Hospital había sido declarado monumento nacional en 1931 al ser descubiertos allí aquéllos, el entonces Presidente de la República, general Avila Camacho, por decreto de 28 de Noviembre de 1946 hizo entrega de los mismos y de la urna y objetos en ella contenidos al Instituto de Antropología e Historia de México, para su debida conservación en dicho templo.

SONATA DE PRIMAVERA

La yerba crece esmeralda.
 La Primavera celosa
 abre su ventana rosa
 y prende luz en su falda.
 Hay una clara guirnalda
 de crenchas de vida y sol
 y el pájaro verderol
 sigue desgranando trinos.
 En los fresnos y en los pinos,
 re- fa- si- la,
 do- mi sol.

SONATA DE VERANO

En el Estío, abundoso,
 la espiga de piel mielada
 dobla la carga dorada
 de su fruto generoso.
 Hay pureza en el reposo
 del sencillo girasol
 despues de volverse al Sol
 para granar sus semillas.
 En la paz de las orillas,
 re- fa- si- la,
 do- mi- sol.